

terviniendo en la vida del Paraguay, hasta el punto de que el pueblo se sublevó dos veces contra ella. Cuando el obispo Cárdenas púsose enfrente de los jesuitas, la gente lo siguió en este empeño. La lucha entre el prelado y la Compañía de Jesús tomó tales caracteres, que se extendió hasta Corrientes como una guerra civil y estuvo próxima á revolucionar toda la gobernación de Buenos Aires. Pero el gobernador, partidario de los jesuitas, apagó la protesta popular, entrando en la Asunción al frente de las hordas de catecúmenos de las reducciones, armados para el caso por los Padres de la Compañía.

A principios del siglo XVIII se reprodujo la protesta contra el jesuitismo, con el fogoso Antequera, fundador del partido de los «Comuneros del Paraguay», agrupación semejante á la de los Comuneros de Castilla. Todo el país se levantó contra los jesuitas, que bajo la apariencia de propagar «una semicivilización artificiosa», tiranizaban el país. Pero la autoridad real protegió á la Compañía, y apoyada en las bandas serviles de los indios de las reducciones, venció á los comuneros, pereciendo los jefes de éstos en el cadalso. Muertes, cárceles y destierros dieron fin á la protesta, sosteniendo los representantes de la metrópoli hasta el último instante á unos sacerdotes que proscibían de sus dominios el idioma español.

Las Misiones no fueron, en realidad, más que un obstáculo opuesto al desarrollo lógico de la conquista y de la civilización con todas sus consecuencias. La tendencia del jesuita era aislar la influencia española para aumentar con esto la de su Orden, haciendo prevalecer sobre el elemento peninsular el elemento indígena, semibárbaro y subordinado á un gobierno eclesiástico.

Cuando Carlos III expulsó de sus dominios á la Compañía de Jesús, las Misiones se perdieron rápidamente. Los jesuitas no habían creado pueblos, sino escuelas de párvulos, á las que asistían los indios como «niños grandes». Por esto, al desaparecer el dómine que los guiaba con el cántico en los labios y la palmeta en la mano, los indios se dispersaron y los edificios derrumbáronse en ruinas. Los cuantiosos bienes de la Compañía fueron aplicados por la autoridad colonial á fines de educación y beneficencia públicas.

V

EL VIRREINATO Y LA INDEPENDENCIA

La gobernación de Buenos Aires estuvo sometida, hasta 1776, al enorme virreinato del Perú, que abarcaba todas las posesiones españolas de la América del Sud.

Durante siglo y medio, los encargados de este gobierno, el más alejado de la metrópoli, sólo tuvieron una preocupación: perseguir el contrabando (cuando no se dejaban sobornar por los contrabandistas) y batir á los portugueses, que se habían establecido en la margen oriental del río de la Plata, frente á Buenos Aires.

Primeramente ocuparon la pequeña isla de San Gabriel, junto á la Colonia del Sacramento, y luego se fijaron en la misma Colonia, estableciendo, bajo el amparo de sus cañones, un puerto franco, al que iban á proveerse ocultamente los mercaderes de Buenos Aires.

El gobernador español Don José de Garro, apodado «El Santo», por ser hombre muy justo, no podía sufrir esta vecindad, y en 1680, con trescientos porteños y gran número de indios, tomó por asalto la Colonia, quedando prisionera la guarnición. Esta fué la primera hazaña militar que se conoce de los argentinos; su más remota guerra internacional, de la que salieron vencedores.

La Colonia fué devuelta varias veces á los portugueses, en virtud de tratados diplomáticos. Felipe V, para atraerse al Gobierno de Portugal, se la cedió en 1701; pero al declararse éste contra él, ordenó al gobernador de Buenos Aires que recuperase la plaza, y el gobernador, al frente de las milicias de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes y de 4.000 indios misioneros, la tomó por tierra, obligando á la guarnición á embarcarse. El tratado de Utrech (1719) devolvió la Colonia de Sacramento á los portugueses, que, durante algunos años, sostuvieron desde ella el contrabando en el río de la Plata.

El gobernador de Buenos Aires, Don Bruno Mauricio Zabala, hombre enérgico y activo, que unió á su gobierno el del Paraguay á consecuencia de la revolución de los Comuneros, hizo frente á los avances que intentaban los portugueses en las riberas del Plata. Contuvo á



SOLDADOS DE LA EXPEDICIÓN DE DON PEDRO DE ZEVALLOS (De un grabado de la época).

los de la Colonia en su contrabando, persiguiéndolo con medidas severísimas, y en 1726 fundó la ciudad de Montevideo, expulsando á los lusitanos, que pretendían fortificarse en este punto para crear un nuevo centro de defraudación. De este modo nació la ciudad que había de ser el segundo emporio del Río de la Plata.

Aunque España y Portugal se aliaban algunas veces en Europa por exigencias de la política, españoles y portugueses odiábanse y se combatían en las márgenes del gran río. A mediados del siglo XVIII, hizo su aparición en la historia de la América del Sud Don Pedro de Zevallos, último grande hombre de la colonización española. Su carácter brilló como una postera llamada del alma de los conquistadores. Experto militar, hizo que la Colonia se rindiese por capitulación, y tomando la ofensiva contra los portugueses, reconquistó el Río Grande, invocando para ello el antiguo tratado de Tordesillas. Pero la paz llamada de París devolvió otra vez la Colonia de Sacramento á los portugueses en 1763. Esta paz no fué duradera: volvieron á romperse las hostilidades entre España y Portugal en 1776, y entonces el Gobierno de Madrid decidió acabar de una vez para siempre con las enojosas cuestiones del Río de la Plata.

Para ello se creó el virreinato de este título, entrando en él las tres gobernaciones de Buenos Aires, Paraguay y Córdoba del Tucumán, á más de las provincias del Alto Perú y Cuyo. El primer virrey fué el mismo Don Pedro de Zevallos, experto conocedor del país. Zevallos salió de la península al frente de 9.000 hombres y 119 buques, la más grande expedición que se había presentado hasta entonces en el río de la Plata. La primera noticia que tuvieron en



BUENOS AIRES EN 1802 (De una estampa de la época).

Buenos Aires de la llegada del virrey, fué acompañada del parte militar dando cuenta de la toma y destrucción de la Colonia del Sacramento. Sus murallas fueron arrasadas, así como la fortaleza, que con sus cañones había amparado el contrabando casi durante un siglo. Zavallos, luego de resolver con la espada la cuestión de límites y del contrabando, se dedicó á favorecer el comercio. Era un hombre progresivo, que participaba de los anhelos de su monarca. Carlos III reanimaba en aquel entonces á la decaída Península con sabias leyes y obras públicas de gran utilidad; fomentaba la agricultura y la navegación; creaba Sociedades Económicas; favorecía el estudio de las ciencias é intentaba exterminar el fanatismo religioso. Zavallos secundó en el nuevo virreinato esta política. Por inspiración propia y por consejo del Cabildo de Buenos Aires, dictó un auto famoso, declarando libre el comercio del Río de la Plata con la Península y las demás colonias. Este auto, aprobado luego por la corte de Madrid, fué á modo de prólogo del famoso «Reglamento del comercio libre», que la metrópoli dictó un año después. ¡Lástima grande que la guerra entre España é Inglaterra (1779) con motivo de la revolución norteamericana, que favorecía la corte española, neutralizase los buenos efectos de estas leyes...! Cuando en 1783 se restableció la paz con el tratado de Versalles, y quedó reconocida la independencia de los Estados Unidos de América, bajo los auspicios de España, que tanto los había apoyado por molestar á Inglaterra su enemiga, la corte de Madrid estaba lejos de imaginarse que ella misma acababa de proclamar ante el mundo el derecho que asistía á sus colonias para separarse de la madre patria, transformándose en naciones libres é independientes.

Al reaparecer la paz, notáronse los efectos de la libertad de comercio. Buenos Aires se convirtió en el gran mercado de la América del Sud, siendo cabeza de línea de los buques que salían de todos los puertos de la Península. Al mismo tiempo Sevilla, la ciudad del monopolio de las Indias, cayó en mortal decadencia al extinguirse sus privilegios absurdos. El barro invadió su puerto y la Casa de Contratación no fué más que un recuerdo histórico.

Buenos Aires comerciaba también con Guinea y otros puntos de la costa de África, aunque en este tráfico los cargamentos de esclavos eran más que los de mercancías legales.

El virrey Zavallos fué llamado en 1778 á España, donde falleció á poco de llegar, y le reemplazó D. Juan José de Vertiz. El segundo virrey del Río de la Plata había sido antes gobernador de la provincia de Buenos Aires, cuando ésta dependía del Perú. Nacido en Méjico, y educado en España, participaba de los entu-



TIPO DE LOS PRIMEROS CARRUAJES DE BUENOS AIRES (SIGLO XVIII)

Buenos Aires de la llegada del virrey, fué acompañada del parte militar dando cuenta de la toma y destrucción de la Colonia del Sacramento. Sus murallas fueron arrasadas, así como la fortaleza, que con sus cañones había amparado el contrabando casi durante un siglo.

Zavallos, luego de resolver con la espada la cuestión de límites y del contrabando, se dedicó á favorecer el comercio. Era un hombre progresivo, que participaba de los anhelos de su monarca. Carlos III reanimaba en aquel entonces á la decaída Península con sabias leyes y obras públicas de gran utilidad; fomen-



MILICIA DE BUENOS AIRES. REGIMIENTO DE PATRICIOS. (Grabado de 1807).

siamos por el progreso que sentían todos los hombres cultos de aquella época.

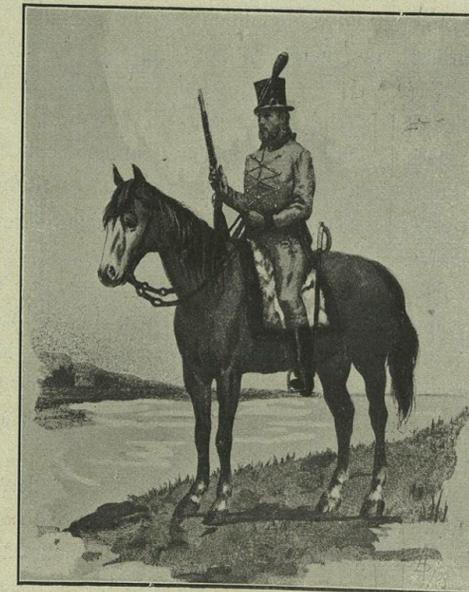
Vertiz fué para el naciente virreinato lo que eran para la Península, en aquel tiempo, Floridablanca, Aranda y otros estadistas de espíritu progresivo y transformador. A su gobierno corresponden las primeras mejoras que se introdujeron en Buenos Aires. Los bienes procedentes de la expulsión de los jesuitas los empleó Vertiz en mejorar la enseñanza y la beneficencia. Fundó escuelas y hospitales, casas de expósitos y de corrección, y delineó los primeros paseos que tuvo la ciudad. Sus calles conocieron el alumbrado público. Las familias de cierta posición social comenzaron á usar carrozas como en Europa.

Hasta entonces los viajes se habían hecho á caballo. También se transitaba montado en mula por las calles de la ciudad, en días de lluvia. Sólo en 1726 circuló el primer carruaje por Buenos Aires. El gobernador Zabala, valeroso soldado, que había perdido un brazo en una de sus campañas y no podía, por tanto, manejar fácilmente el caballo, fué el introductor del primer vehículo de lujo; aunque este lujo sea muy relativo, visto desde los tiempos presentes.

Vertiz dividió la ciudad en barrios, y puso comisarios al frente de ellos para mantener el orden. Construyó edificios públicos de utilidad, entre ellos la llamada «Casa de Temporalidades». La exploración del país atrajo también sus energías. Fundó colonias de agricultores españoles en la Patagonia, que no había sido visitada desde los primeros tiempos de la conquista, y echó los cimientos de la ciudad de Carmen de Patagones, á orillas del río Negro. Quince años de gobierno, durante los cuales su actividad no tuvo descanso, acabaron por fatigar á Vertiz, que en 1784 solicitó el retiro, concediéndoselo el Rey con toda clase de expresiones honoríficas.

Le sucedió, como tercer virrey, el marqués de Loreto, Don Nicolás Cristóbal del Campo, hombre igualmente liberal y progresivo, que continuó la obra de su antecesor, aunque con menos brillantez. Ocho años duró su gobierno y, en 1792, le sucedió el teniente general Don Nicolás de Arredondo, cuarto virrey. El acto más notable de su época fué la creación del Tribunal del Consulado, del cual fué secretario el joven Don Manuel Belgrano, que años adelante había de figurar como el primer caudillo de la Independencia.

El período del quinto virrey, Don Pedro Melo y Portugal, fué de corta duración, pues no llegó á estar dos años al frente del gobierno, falleciendo en 1797. Dos años estuvo vacante el virreinato, desempeñando el puesto



MILICIA DE BUENOS AIRES. HÚSARES DE PUEYRREDÓN (Grabado de 1807).



MILICIAS DE BUENOS AIRES. CAZADOR CORRENTINO (Grabado de 1807).

interinamente el general Olaguer Feliú, gobernador de la plaza de Montevideo.

En 1799 llegó el sexto virrey, Don Gabriel Avilés del Fierro, marqués de Avilés. La época de su mando fué sumamente tranquila. Fundó algunos pueblos en el desierto; organizó la policía de Buenos Aires, pavimentó las calles, obligó á los propietarios á levantar aceras ó veredas y dió reglas para la delimitación de edificios.

La metrópoli trasladó á Avilés al virreinato del Perú, y le sucedió el mariscal del Pino y Rosas. El séptimo virrey del Río de la Plata se preocupó de la enseñanza y de la cultura en general. Durante su gobierno se fundaron en Buenos Aires cátedras de Anatomía, Medicina, Química, Lenguas extranjeras y una Escuela de pintura. También en su tiempo (1.º de Enero de 1801), salió á luz en Buenos Aires el primer periódico argentino, titulado *El Telégrafo Mercantil*. Suprimido algunos meses después, apareció otro titulado *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, redactado por Hipólito Vieytes, el primer periodista argentino que se conoce. Este periódico, que obtuvo vida más larga, contribuyó bastante al desarrollo intelectual del país.

El virreinato del Río de la Plata era considerado por el Gobierno de Madrid como un puesto de preparación para desempeñar luego el del Perú. Iba del Pino á pasar del gobierno de Buenos Aires al de Lima, cuando murió en 1804.

El marqués de Sobremonte fué el octavo virrey, y su gobierno resultó tan agitado como tranquilos habían sido los de sus predecesores. Hacía algunos años que España estaba en abierta hostilidad con Inglaterra. Desde principios de la Revolución combatían los ingleses á Francia, y como la corte de Carlos IV se mostrase favorable á Napoleón Bonaparte, el Gobierno británico la consideró igualmente como enemiga. Sin previa declaración de guerra, la flota inglesa cometió el atropello de apoderarse de cuatro fragatas españolas que conducían caudales del Estado desde el Río de la Plata á la Península. Después de esto España se alió francamente con Napoleón é hizo la guerra á la Gran Bretaña. El poder marítimo español sufrió en esta lucha un golpe mortal con la gloriosa derrota de Trafalgar.

Los ingleses, viendo privada á España de buques para atender á la defensa de las colonias, pensaron que era llegado el momento de apoderarse de sus provincias de América y pusieron los ojos en la del Río de la Plata, tanto por su prosperidad como por ser la posesión que más aislada había vivido de la metrópoli hasta poco antes.

Una escuadra, al mando del general Berresford, fué despachada para conquistar territorios, aprovechando el desconcierto de los pueblos de Europa. Esta escuadra hizo rumbo primeramente al Cabo de Buena Esperanza, posesión holandesa. Fácilmente se apoderó del Cabo, y reanudando el viaje, llegó



MILICIA DE BUENOS AIRES. BATALLÓN DE ARRIBEÑOS (Grabado de 1807).

al río de la Plata el 6 de Julio de 1806, desembarcando 1.700 hombres en la costa de Quilmes.

No tropezó con una gran resistencia para apoderarse de Buenos Aires, pues la ciudad estaba casi sin guarnición. El Gobierno español tenía el núcleo de sus tropas en Montevideo, por ser plaza fuerte de mejor defensa y dominar desde sus alturas la entrada del río de la Plata. Un grupo de 700 vecinos de Buenos Aires fué todo lo que el virrey pudo oponer á los invasores ingleses, soldados aguerridos, mejor armados y muy superiores en número. Sobremonte, carácter irresoluto y débil, huyó á Córdoba con el propósito de organizar la resistencia y volver á la reconquista de la ciudad; pero es indudable que jamás hubiera realizado él sólo esta hazaña.

Los ingleses tomaron posesión de Buenos Aires, y Berresford lanzó una proclama ofreciendo garantías al vecindario y hablando de los derechos que había adquirido el Rey de Inglaterra sobre el país argentino, después de su victoria. El primer acto de su Gobierno fué apoderarse de millón y medio de pesos oro que existían en las cajas públicas. Esta cantidad, que resultaba, en aquellos tiempos, de extraordinaria importancia, fué remitida á Londres y paseada casi en triunfo por las calles para enardecer la opinión. Los ingleses se entusiasmaron ante lo considerable del botín, formándose una idea fabulosa de las riquezas de su nueva conquista.

Al retirarse al interior el virrey y las principales autoridades, no se extinguieron por esto los propósitos de resistencia á los invasores. El pueblo se encargó de sustituir á los tímidos gobernantes. Ocurrió en Argentina, con dos años de anticipación, lo que en 1808 había de repetirse en la Península, cuando reyes y ministros se inclinaron acobardados ante Bonaparte, mientras el pueblo iniciaba la resistencia con la insurrección del 2 de Mayo y las Juntas de provincias.

Los habitantes del Río de la Plata, sin reparar en peligros, y á impulsos de su entusiasmo, intentaron reconquistar ellos solos á Buenos Aires expulsando á los invasores. Era alcalde de primer voto de la ciudad un rico español llamado Don Martín de Alzaga, hombre enérgico y emprendedor, de carácter duro y muy pagado de su fortuna y su nobleza (1). Alzaga procedió á

(1) Don Martín de Alzaga fué uno de los tipos más interesantes de los últimos años coloniales. En 1806 y 1807 se cubrió de gloria defendiendo á Buenos Aires. En 1812 le ahorcó el gobierno revolucionario al descubrir una conspiración que preparaba con los peninsulares para derrocar al gobierno criollo, restaurando el poderío de las autoridades españolas. Era un conjunto de cualidades contradictorias: generoso, pero de un orgullo sin límites; valiente, pero cruel. Cuando lo ahorcaron hubo vecinos de Buenos Aires que fueron á tirarle de las piernas y arrojaron dinero á la muchedumbre, locos de alegría al recordar las persecuciones que les había hecho sufrir en otros tiempos. El españolismo de Alzaga apareció algo dudoso en los últimos años de su vida. No se sabe ciertamente si trabajaba con desinterés por restablecer el gobierno de sus compatriotas, ó si, dudando de que España pudiera reconquistar sus colonias y libertarse de la invasión francesa, soñaba con ser el heredero de la metrópoli en el Río de la Plata. El «rico home» Alzaga, que realmente era por su carácter de la raza de los fundadores de dinastías, soñaba, según parece, con aprovecharse de la confusión anárquica en que estaba la Argentina en 1812, apoderándose del gobierno y convirtiéndose poco á poco en un rey. Ilusiones son éstas que ahora parecen extravagantes, pero estaban de acuerdo con el desorden y la desorientación de los espíritus en una época tan agitada.

Los contemporáneos de Alzaga, que conocían los secretos designios y las esperanzas del valeroso alcalde de 1806, llegaron á apodarlo irónicamente Martín I.



DON SANTIAGO LINIERS

organizar por cuenta propia algunas fuerzas de voluntarios en los alrededores de Buenos Aires, para caer por sorpresa sobre los ingleses. Al mismo tiempo, un militar preparaba la reconquista con las fuerzas de Montevideo. Era éste el capitán de navío Don Santiago Liniers, francés de nacimiento, al servicio de España desde su primera juventud. Cuando ocurrió la invasión de Buenos Aires se hallaba mandando un buque, anclado en la Ensenada de Barragán. De allí se trasladó á Montevideo, donde, con otros marinos, organizó la reconquista.

Reunidos mil hombres entre soldados de la guarnición de Montevideo y voluntarios de dicha ciudad, salió la expedición de la Colonia el 23 de Julio, en una escuadrilla de pequeñas



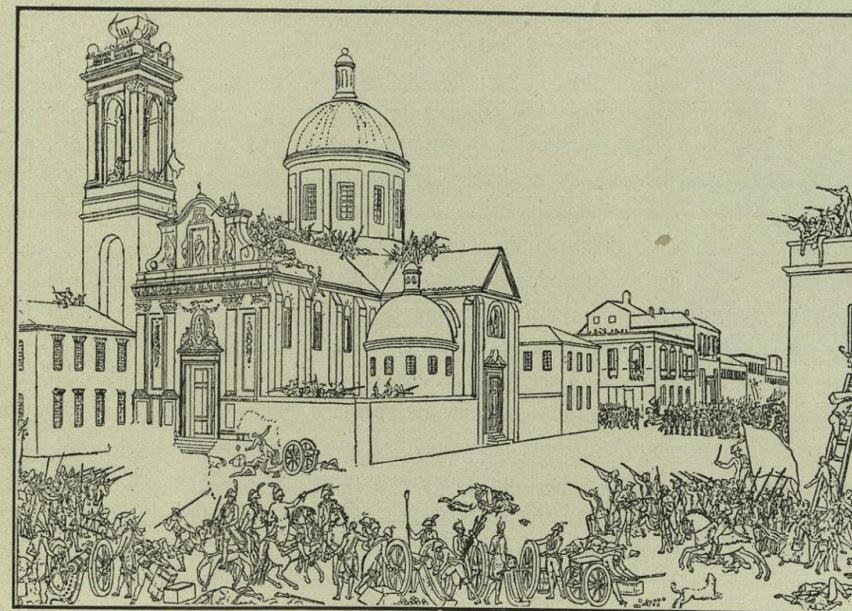
LAS TROPAS DE LA RECONQUISTA MARCHANDO Á BUENOS AIRES EN 1806 (De una estampa de la época).

embarcaciones, aprovechando una espesa niebla que la permitió pasar sin ser vista por entre los navíos de la escuadra inglesa. Desembarcando en el puerto del Tigre, estableció Liniers su centro de operaciones en el pueblo de San Fernando y se puso en comunicación con los patriotas de Buenos Aires, que preparaban aisladamente la resistencia. Un grupo de tenderos catalanes, organizado en guerrilla, hostilizaba á los ingleses en las afueras de la ciudad. Martín de Alzaga con Juan Martín de Pueyrredón y otros patricios, recorría los pueblos cercanos, aconsejando la rebelión á los alcaldes y las milicias. El 31 de Julio los patriotas, mandados por Alzaga, atacaron á los ingleses en la Chacra de Pedriel, á cuatro leguas de Buenos Aires. Fácil les fué á los invasores batir á campo raso á estas partidas mal armadas, pero en su derrota supieron retirarse ordenadamente, yendo á engrosar las fuerzas de Liniers. Éste permaneció en San Fernando hasta el 10 de Agosto. En estos días de inacción, sus fuerzas aumentaron considerablemente, uniéndose á ellas muchos jóvenes de la ciudad y campesinos de las costas del río.

Dos mil hombres, relativamente bien armados y organizados, seguían á Liniers, cuando en el citado día 10 avanzó sobre la ciudad, ocupando los arrabales del Oeste, que se llamaban entonces Corrales de Miserere, donde hoy está la plaza del Once de Septiembre. Desde allí envió

un mensajero á Berresford intimándole la rendición en el plazo de quince minutos, y como el general inglés despreciase sus proposiciones, el pequeño ejército de la reconquista siguió adelante, dirigiéndose á la antigua Plaza de Toros, ahora plaza de San Martín, donde estaba la artillería, custodiada por una fuerza inglesa. La plaza fué tomada á la bayoneta, y Berresford tuvo que reconcentrar sus tropas en el corazón de la ciudad, fortificándose en la plaza Mayor, hoy plaza Victoria, y en las calles adyacentes.

El 12 de Agosto, Liniers, dividiendo su ejército en cuatro columnas, atacó la plaza por las calles del Norte y el Oeste. El vecindario de Buenos Aires ayudó esta operación hostilizando



COMBATE EN LAS CALLES DE BUENOS AIRES DURANTE LA SEGUNDA INVASIÓN INGLESA, 1807. (De una estampa de la época).

al enemigo desde ventanas y azoteas, con un entusiasmo espontáneo y heroico. Hasta las mujeres peleaban, arrojando toda clase de proyectiles sobre los ingleses. Los niños marchaban al frente de las columnas de ataque y tiraban de los cañones, ayudando á los artilleros. Fué tal el ímpetu de la ciudad cayendo sobre los invasores, que éstos viéronse obligados á replegarse en la plaza y encerrarse en el fuerte, hoy Casa de Gobierno, que se llamaba entonces Fuerte de San Juan de Austria.

A las dos horas de fuego incesante, Berresford, convencido de la imposibilidad de sostenerse, hizo señal de parlamento, y Liniers le exigió que se entregara á discreción. La bandera británica fué sustituida en el fuerte por la bandera española, y Berresford quedó prisionero con todos sus soldados.

El vecindario de Buenos Aires acogió con un entusiasmo delirante la victoria del 12 de Agosto de 1806. Unos pocos oficiales con alguna tropa de Montevideo, y la gran masa popular, habían derrotado á los soldados más aguerridos de Inglaterra en unas cuantas horas, sin otros medios que los propios, olvidados de unas autoridades pusilánimes y fugitivas. Aquel día se convenció el pueblo colonial de lo que era y lo que llegaría á ser. Al defenderse por cuenta propia, pensó que lo mismo podría vivir libre de toda tutela. Se aproximaba su mayoría de edad.